

Un enfoque crítico del bolchevismo en México y en Rusia

Por Joaquín SÁNCHEZ MACGRÉGOR*

DESPUÉS DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA, la más universal e influyente fue la rusa. A partir de su triunfo sobre el antiguo régimen, el zarismo, la creencia generalizada fue que la revolución rusa había instaurado el socialismo y que lo que estaba en juego era el comunismo, la máxima utopía social.

No fue así, pero el hecho es que se hizo una práctica común el uso de los términos *socialismo* y *comunismo*, descuidando las críticas, casi siempre acalladas, de quienes señalaban la inoperancia de esos términos en la nueva realidad política forjada por los bolcheviques. Que se haya podido mantener hasta la fecha el uso y el abuso de los conceptos de *socialismo* y *comunismo*, hasta llegar a su prostitución, constituye una de las trampas gigantescas con que se tiene uno que topar en la historia. Debe ubicarse en este marco el cuento del llamado *socialismo real*, que pretende desactivar el contenido violento y abominable de un régimen reñido con la democracia, completamente ajeno, en consecuencia, a los ideales socialistas.

El paso lógico, por lo tanto, es proponer el empleo del término *bolchevismo*, en lugar de *socialismo* o *comunismo*, para designar el abanico histórico de movimientos anticapitalistas que se presentan a lo largo del siglo xx, a partir de 1917, independientemente de su acceso al poder político.

El término *bolchevismo* no es óptimo. Recoge, sin embargo, algunos trazos característicos de las izquierdas del siglo xx, y no sólo de los partidos comunistas y obreros que luchaban bajo la égida staliniana:

a) El autoritarismo, exento de tendencias democráticas, que ejerce el secretario general del partido, que es apoyado, a veces, en el buró político del partido.

b) La ideologización, considerada como la práctica de razonamientos inciertos, llevada a su extremo por lo que se genera una falsa conciencia, el autoengaño y el engaño a los demás.

c) Un militarismo belicista (que, como todo lo militar, no tiene nada que ver con la democracia) cuyo origen se encuentra en el dualismo maniqueo, excluyente, maximalista, intolerante, propio de las filosofías marxistas de la historia.

*CYDEL-Universidad Nacional Autónoma de México.

d) Un mesianismo fundamentalista que puede tener efectos positivos, al igual que el conjunto de estos rasgos, en los momentos culminantes de las luchas revolucionarias: la toma de la Bastilla, la “guerra a muerte” bolivariana o la consigna “todo el poder a los soviets”, que traicionaron de inmediato los bolcheviques.

Los mesianismos, según se sabe, son movimientos religiosos oscurantistas y, como tales, imbuidos del espíritu de negación del Otro y de lo otro, espíritu que el *Fausto* de Goethe le atribuye a Mefistófeles. No en balde consideró Bertrand Russell que la militancia marxista estaba constituida como una Iglesia. Volverse negativos de pies a cabeza, incapaces de un discernimiento crítico, los hace maximalistas, resultando su imaginario un absoluto monolítico, alejado de los espacios comunicativos elementales propios de la actividad política.

Tal fue la Guerra Fría entre las dos grandes potencias, que no degeneró en el cataclismo termonuclear sólo por el colapso del imperio soviético.

Tal fue la causa de la irrelevancia política del Partido Comunista Mexicano y el elemento, contrastante con el discurso burlón (tan celebrado por los antisolemnes), en la actividad del EZLN, que bloquea su futuro, hasta la fecha (enero de 2001).

e) La aplicación sistemática del paradigma maquiavélico (“el fin justifica los medios”) unido, siempre, al afán de poder que se desentiende de la conciencia ética. No en balde la política genocida (100 millones de víctimas en la URSS) más grande en la historia humana.

El último elemento sólo puede presentarse en función del ejercicio omnímodo, totalitario del poder, siendo secundarios los dos anteriores para los bolchevismos de oposición. No aparecen, por lo tanto, con la relevancia que facilita la descripción, en México, aun cuando puedan señalarse en los casos de grupos en rebeldía de la sociedad civil: el Ejército Zapatista de Liberación (EZLN) y el Consejo General de Huelga (CGH), núcleo de los activistas de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Ahora bien, hay que considerar las limitaciones de los señalamientos anteriores, su carácter relativo, ya que, en buena dialéctica, pretender absolutos conduce — tarde o temprano — a errores inaceptables. Con lo cual se quiere decir lo siguiente: la acumulación de las características enumeradas arriba no da como resultado una praxis cien por ciento negativa, contraria siempre a los intereses populares y, en consecuencia, al espíritu marxista originario.

En efecto, el régimen criminal de Stalin pudo y supo organizar a su pueblo hasta llevarlo al triunfo durante la segunda Guerra Mundial. O

bien, caminar al borde del abismo, durante la siniestra Guerra Fría. De modo paralelo, el Partido Comunista Mexicano, en sus etapas clandestinas, podía rebasarlas, así como a los rasgos negativos inherentes a su bolchevismo, al participar, aunque fuese en situación de desigualdad, en varias luchas de resistencia contra políticas reaccionarias del gobierno mexicano: por ejemplo, en los años cincuenta, en la alianza electoral anti-PRJ, encabezada por el henriquismo; en la “caravana del hambre”, organizada por los mineros huelguistas de Nueva Rosita y Cloete, en el estado norteño de Coahuila, con la participación de miembros del Comité Central del Partido Comunista Mexicano, como Camilo Chávez.

También se dejó sentir la presencia del PCM, aunque fuese en forma coyuntural y no estructural, en las fuertes luchas libradas por médicos y personal de asistencia en los hospitales y clínicas del Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS), así como las que se habían producido en el sindicato de ferrocarrileros. Demetrio Vallejo y Valentín Campa, líderes destacados de este sindicato, habrían de convertirse en personajes de culto para las izquierdas mexicanas, a partir de entonces, a pesar de la represión oficial del movimiento.

Por cierto que en éste, como en el de los médicos, se puso en juego algo más que las demandas justificadas de mejoramiento económico; al enfrentar directamente al gobierno, como patrón, se trataba de la aparición de las primeras cuarteaduras en los sistemas corporativistas de control de los trabajadores, gracias a los líderes “charros”, oficialistas. Éstos, bajo la égida suprema del eterno secretario general de la Confederación de Trabajadores de México (CTM), lograron mediatizar las luchas de los trabajadores hasta la derrota del Partido Revolucionario Institucional (PRI) en las elecciones presidenciales del año 2000, en donde perdiera el poder ejecutivo que detentara durante setenta años.

Desde su aparición, en la Revolución Francesa, las izquierdas han sabido crear una eficaz cultura descalificadora, de confrontación. Han demostrado su capacidad de derrocamiento de los Antiguos Regímenes, sus aptitudes en lo que pudiera llamarse la *pars destruendi* de un proceso revolucionario. Esto es verdad hasta tal punto que si las capacidades constructivas, el imaginario de la *pars construendi*, hubiese igualado, en dichos procesos, al imaginario “demoledor”, las izquierdas habrían ya realizado el paraíso en la tierra y, desde luego, en los países donde se diera la revolución, cosa que no ocurrió por más que haya sido de la máxima importancia una buena parte del “curso/discurso” (hechos y mensajes) en dichos procesos de las izquierdas. Por

ejemplo, el discurso de los derechos del hombre, y no el discurso reaccionario del Terror, en la Revolución Francesa. En la bolchevique, las batallas triunfantes sobre el zarismo y el nazismo, pero no, en la *pars construendi* de la revolución, las batallas falaces para la supuesta construcción de un socialismo falseado de origen.

Así hasta llegar a México, donde los rasgos negativos del Partido Comunista Mexicano, a partir de su fundación, rasgos que no eran más que los del bolchevismo, determinaron que para lograr lo que hoy es la transición democrática, se tuviera que esperar a conseguir la descomposición lenta del partido gobernante, víctima de sus propios errores y de un proceso electoral con elementos inéditos.

A medida que progresen los estudios de esta nueva fase de la historia de México, se sabrá con mayor precisión el grado actual de bloqueo antidemocrático en el “curso/discurso” de los actores de la izquierda mexicana, entre los cuales cabría mencionar: PRD, SMD, EZLN, medios de comunicación bajo su control (*La Jornada, Proceso*), CGH, sector intelectual y de la educación pública inclinado hacia la izquierda.

El fin de tales bloqueos conducirá, en forma casi insensible, como se ha empezado a ver en el discurso del EZLN, a una cultura democrática, enemiga del autoritarismo, afin al inconformismo, hostil a la descalificación sistemática y a la intolerancia.

Tal situación significará el triunfo, por fin, de una cultura dialéctica pregonada hasta ahora, mas no cumplida, por los bolchevismos actuantes en el México priísta y en la URSS stalinista.